

2 Timoteo 1:3-14

Sermón 2 Timoteo 1:3-14. Pentecostés 20, 2007. *Habakkuk 1:1–3; 2:2–4*

Epistle—*2 Timothy 1:3–14*

Gospel—*Luke 17:1–10*

³Doy gracias a Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día. ⁴Al acordarme de tus lágrimas, siento deseo de verte, para llenarme de gozo, ⁵trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y estoy seguro que en ti también.

⁶Por eso te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos, ⁷porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. ⁸Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios. ⁹Él nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, ¹⁰pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.

¹¹De este evangelio yo fui constituido predicador, apóstol y maestro de los gentiles, ¹²por lo cual asimismo padezco esto. Pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.

¹³Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. ¹⁴Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros.

En el siglo XVI, al comienzo de su carrera como reformador de la iglesia, Martín Lutero declaró en su Tesis 62: “El verdadero tesoro de la iglesia es el sacrosanto evangelio de la gloria y la gracia de Dios”. En el primer siglo San Pablo, escribiendo a su querido colega más joven, Timoteo, al final de su carrera, afirma esencialmente lo mismo. A pesar de todo lo que Pablo o Timoteo podrían sufrir por causa del evangelio, el evangelio lejos de ser algo de que avergonzarse, es su verdadera gloria y la única esperanza para la humanidad. Escuchemos mientras Pablo

nos describe EL EVANGELIO DE JESUCRISTO, UN BUEN DEPÓSITO.

Pablo, al escribir estas palabras, está encarcelado en Roma. Escribe a su amado discípulo, Timoteo. En tales circunstancias tal vez esperaríamos un tono de sentir lástima por sí mismo, o tener dudas de su mensaje si ocasionaba todo ese sufrimiento y la probabilidad de perder su vida a causa de él. Pero lo que encontramos es todo lo opuesto.

Pablo comienza con una expresión de su gratitud a Dios por Timoteo, su colaborador que está proclamando el mismo mensaje que ha proclamado Pablo y a causa del cual él ahora enfrenta la probable pena de muerte. Lo que especialmente motiva la gratitud de Pablo es la fe genuina que Timoteo demuestra en su fiel ministerio. “Doy gracias a Dios ... trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti”.

Es apropiado que esto sea motivo de acción de gracias. La única forma en que cualquier persona puede tener la verdadera fe es si Dios mismo crea esa fe en su corazón. Esto ha sucedido en el caso de Pablo y de Timoteo.

Los dos realmente son herederos en su fe de una cadena de creyentes en el pasado. Acerca de sí mismo, Pablo dice gracias al Dios: “al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia”. Pablo no está consciente de haber rechazado su herencia judía al abrazar la fe en Cristo. Más bien entiende ahora que todos sus antepasados creyentes han puesto su esperanza también en el Cristo venidero como su única esperanza de vida y salvación. Cuando era infiel fue cuando actuaba en ignorancia en su fariseísmo, viendo al cristianismo como una amenaza a la verdadera fe, siendo él mismo uno de los perseguidores de esa fe. En su primera carta a Timoteo había escrito: “Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús, nuestro Señor, porque, teniéndome por fiel, me puso en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; pero fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad” (1 Tim. 1:12-13).

La madre y la abuela de Timoteo también habían compartido esta fe: “la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice”. Debido a los esfuerzos de ellas, Pablo podía escribir a Timoteo: “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”. En algún punto, evidentemente por el trabajo de Pablo, todos ellos habían llegado a reconocer que el cumplimiento de la fe que ellos profesaban se encontraba en Jesucristo y su obra por su salvación. Como una evidencia de lo genuino de la fe de Timoteo menciona otro detalle que siempre

recuerda acerca de Timoteo cuando ora: la profunda simpatía por Pablo que sentía, las lágrimas que él había derramado cuando él y Pablo se habían separado la última vez. “Al acordarme de tus lágrimas, siento deseo de verte, para llenarme de gozo”. Pablo también sentía su separación. Especialmente en sus circunstancias como prisionero en Roma sentía la importancia de tener compañía que compartía sus pensamientos y su fe.

Pablo en este texto nos da un buen resumen del evangelio que Timoteo debe mantener y defender con valentía y por el cual Pablo sufre el encarcelamiento.

Dios “nos salvó”. Y lo hizo a pesar de toda la indignidad de Pablo, de Timoteo y de todos los hombres. “No conforme a nuestras obras”, dice Pablo. ¿Cómo podría ser conforme a nuestras obras, cuando con ellas sólo hemos merecido la condenación y la muerte? Como escribió a los romanos: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Rom. 3:10-12). Por eso Pablo puede escribir: “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro 3.23). Así fue imposible que nuestra salvación dependiera de nuestras obras, de nuestro mérito. Si eso fuera lo necesario, ni uno solo de nosotros habría sido salvo.

Pero entonces, ¿a qué se debe nuestra salvación? Pablo responde: “sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús”. Nos salvó no debido a algo en nosotros, sino a algo que estaba presente en él, su propósito o decisión o plan. Este plan estuvo de acuerdo con su actitud hacia nosotros, su gracia o amor inmerecido. Un amor que no pregunta si la persona lo merece ni busca alguna cualidad en el objeto de ese amor, sino sencillamente siente amor y compasión por aquel que no lo merece.

Este propósito y gracia además se define al decir que no es sólo una decisión arbitraria, ni la negación de todo lo que había decretado en su ley acerca de la muerte del pecador (el alma que pecare, esa morirá), sino que la gracia nos fue dada “en Cristo Jesús”.

Pero para destacar aun más la gracia de Dios, Pablo dice algo que tal vez nos sorprenda. Nos dice que esta gracia nos fue dada en Cristo Jesús “antes de los tiempos de los siglos”. O sea, la decisión de salvarnos y hacernos suyos, la decisión de hacernos suyos por medio de Jesucristo, fue hecha ya desde la eternidad. La venida de Jesucristo para cargar con nuestros pecados, cumplir la ley por nosotros, y sufrir y morir pagando la pena que

nosotros merecimos, entonces, sencillamente manifiesta lo que siempre ha sido la decisión del amor de Dios desde toda la eternidad. Así que Pablo dice: “pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo”. El hecho de que Cristo dejara las regiones celestes para nacer en esta tierra llena de pecado, sufriera la contradicción y el rechazo de los pecadores, entregara su vida en la cruz a pesar de su inocencia, manifiesta la decisión y la gran gracia de nuestro Dios.

¿En qué forma lo manifiesta? Pablo nos dice que sucedió porque Cristo, el inocente Hijo de Dios, sufrió la muerte de un criminal en la cruz. “El cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad”. Debido a nuestro pecado estábamos sumidos en la muerte. Esta vida en la tierra era sólo la existencia de un encarcelado que espera la ejecución final de la sentencia de muerte, la muerte eterna. Eso es lo que habían merecido nuestro pecado y nuestra rebelión contra Dios.

Pero se abren las puertas de nuestra lúgubre celda. Por primera vez entran los rayos cálidos del sol, el sol de justicia. En vez de la ejecución de la sentencia de muerte, se nos anuncia el indulto, que estamos libres, que no moriremos, sino viviremos, porque Cristo ha tomado nuestro lugar y ya ha sufrido la pena que merecimos. En vez de servidumbre, se nos anuncia libertad. En vez de la muerte, se nos anuncia la vida. Fue decretado por Dios en la eternidad, realizado por Cristo en la cruz, y llega a ser nuestro “por el evangelio”, por las buenas noticias que Pablo y Timoteo y nosotros tenemos el privilegio de anunciar a los pecadores perdidos y condenados.

Para los pobres pecadores que por la gracia de Dios reconocen su maldad y su perdición, estas noticias son sumamente gratas. Sin embargo, para el hombre natural, egoísta, que quiere defender su propia justicia y su propio mérito, es una noticia sumamente ingrata. Así Lutero, después de afirmar que el evangelio de la gracia y la gloria de Dios es el verdadero tesoro de la iglesia, sigue diciendo: “Empero este tesoro es, con razón, muy odiado, puesto que hace que los primeros sean postreros”.

Así que Pablo, que fue constituido “predicador, apóstol y maestro de los gentiles” de este evangelio, sufre precisamente por eso. Y Timoteo puede esperar su porción del sufrimiento por esta causa también.

Sin embargo, Pablo no se avergüenza de este mensaje, y Timoteo tampoco debe hacerlo. Resume por qué con las palabras: “yo sé a quién he creído y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”.

Pablo sabe a quien ha creído. Conoce al Dios eterno que lo ha amado en Cristo Jesús antes de la formación del mundo. Sabe que Cristo ha dado su vida para salvarlo. Y está convencido de que pase lo que pase, Cristo lo preservará para la vida eterna. Ni la cárcel ni la muerte como mártir pueden impedir eso. Así que no se avergüenza del evangelio al ver las consecuencias que trajo para él en su vida física.

Y Timoteo no debe hacerlo tampoco. Debe saber que lo que ha escuchado de Pablo, el apóstol del Señor, es un buen depósito. No debe ceder a la tentación de distorsionar este mensaje para que sea más grato a los oyentes incrédulos. Y no tiene que depender de sus propias fuerzas para hacerlo. Puede hacerlo “por el Espíritu Santo que mora en nosotros”, “según el poder de Dios”. Con ese poder Timoteo también podrá ser un fiel testigo, y aceptará el sufrimiento que venga a él también como resultado de su fiel servicio a Jesucristo como ministro del evangelio.

¿Y nosotros? Tenemos el mismo mensaje. Tenemos la misma ayuda. Conocemos igualmente a nuestro Salvador y todo lo que él ha hecho por nosotros. ¿Será posible que nos avergoncemos de este evangelio que nos ha sacado a luz la vida y la inmortalidad? Nunca. Como a Timoteo, se puede decir a cada uno de nosotros: “no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios.”. Que Dios lo conceda. Amén.